

CV.

El recado que tráen es de amigos:
 Mas debajo el veneno está encubierto,
 Que eran los pensamientos enemigos,
 Como pudo despues verse de cierto.
 ¡Oh grandes penosísimos castigos!
 ¡Oh curso de la vida siempre incierto!
 ¡Que do más ponga el hombre su esperanza,
 Tenga menos la vida aseguanza!

CVI.

¡Tanta tormenta en mar y tanto daño!
 ¡Tantas veces la muerte allí ofrecida!
 ¡Tanta lucha en la tierra y tanto engaño!
 ¡Tanta necesidad aborrecida!
 ¡Dó se podrá acoger huésped extraño,
 Buscando asegurar la corta vida,
 Que no se arme y se indigne airado el cielo
 Contra un gusano mísero del suelo?

FIN DEL CANTO PRIMERO.

LOS LUSIADAS.

CANTO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1960. 1925 MONTERREY, MEXICO

10662

ARGUMENTO DEL CANTO SEGUNDO.

Instigado por el demonio, pretende el Rey de Mombaza destruir á los navegantes: dispóneles traiciones bajo el fingimiento de amistosa acogida. Vénus se presenta á Júpiter é intercede por los Portugueses: él le promete favorecerlos, y le refiere, como en profecía, algunas hazañas de aquellos en el Oriente. Mercurio se aparece en sueños á Gama, y le advierte que evite los peligros que le amenazan en Mombaza: leva anclas y llega á Melinde, cuyo Rey le recibe y hospeda benigna y generosamente.

LOS LUSIADAS.

CANTO SEGUNDO.

I.

Ya en este tiempo el fúlgido planeta
Que las horas del día vá midiendo
Llegaba lento á la anhelada meta,
La alba luz á las gentes encubriendo,
Y de la casa de la mar, secreta,
La puerta el Dios nocturno le está abriendo,
Cuando los de la Isla se llegaron
Á las naves, que há poco que ancoráron.

II.

Uno entre ellos, que el cargo há recibido
Del mortífero engaño, así decia:
«Capitan valeroso, que has corrido
Del salado Neptuno la honda via,
Del Rey que esta Isla manda tanta há sido,
Por tu venida, el gozo y la alegría,
Que su deseo solo es complacerte,
Y de cuanto quisieres proveerte.

III.

»Y por que está en extremo ya ganoso
De verte, cual persona tan nombrada,
Te ruega que, de nada receloso,
Penetres por la barra con tu armada;
Y como del camino trabajoso
Traerás la gente débil y cansada,
Restauo puedes darla en este suelo,
Que há menester natura algun consuelo.

IV.

»Y si buscando vás la mercancía
Que produce el aurífero Levante,
Clavo ardiente, canela, especería,
Ú otro objeto valioso comerciante;
Ó si quieres luciente pedrería,
Encendido rubí, duro diamante,
Lo tendrás aquí todo tan de sobra,
Que podrás convertir la idea en obra.»

V.

Al mensajero el Capitan responde,
Las palabras del Rey agradeciendo,
Y diz que porque el sol pronto se esconde
No está ya con su entrada, obedeciendo:
Mas que cuando la luz muestre por dónde
Pueda sin ningun riesgo ir mar midiendo,
Cumplirá sin tardanza su mandado:
Que á más, por tal señor, se vé obligado.

VI.

Le pregunta despues si son en tierra
Cristianos, y el piloto no mentia;
El mensajero astuto no lo yerra,
Y diz que es de ellos la mayor cuantía.
De esta suerte del pecho le destierra
El temor y sospecha de falsía;
Por lo que el Capitan, incautamente,
Teme ya menos de la falsa gente.

VII.

Y de algunos que trae, condenados
Por culpas y por hechos vergonzosos
Porque pudiesen ser aventurados
En casos de esta suerte peligrosos,
Manda á dos, muy sagaces, ensayados,
A observar de los moros engañosos
La ciudad y el poder, y porque vean
Los cristianos que tanto ver desean.

VIII.

Por ellos manda al Rey dádiva afable,
Porque la voluntad que les mostraba
Tenga firme, segura, inalterable,
La cual bien al contrario en todo estaba.
Ya el séquito salia abominable
De las naves y el campo azul cortaba;
Y los dos de la flota, con fingidos
Halagos, soñ en tierra recibidos.

IX.

Y despues de que al Rey le presentaron
 El mensaje y los dones que traian,
 La ciudad recorrieron y observaron,
 Si bien menos de aquello que querian;
 Que los moros astutos se guardaron
 De todo les mostrar lo que pedian:
 Que es propio el recelar de obrar no bueno,
 Y lo hace imaginar del pecho ajeno.

X.

Mas aquel que por jóven siempre pasa,
 Con belleza perpétua, y fue nacido
 De dos senos y el mal urde sin tasa,
 Por ver al náuta Lúso destruido,
 De la ciudad moraba en una casa,
 Con rostro humano, en hábito fingido:
 Decíase cristiano y culto hacia
 En un suntuoso altar que construía.

XI.

Allí tiene en retablo figurada
 Del Espíritu Santo la escultura:
 La cándida paloma bien labrada
 Sobre la única fénix Virgen pura.
 La compañía santa está imitada
 Tan propia de los doce en la figura,
 Cual, de los que entre lenguas que cayeron
 De fuego, libros santos refrieron.

XII.

Y los dos camaradas conducidos
 Donde con este engaño Baco estaba,
 Ponen la vista en tierra, y los sentidos
 En aquel Dios que el mundo gobernaba.
 Los plácidos aromas, producidos
 Por Pancaya odorífera, quemaba
 El de Thion; y así con fraude artero,
 El falso dios adora al verdadero.

XIII.

Aquí fueron de noche agasajados
 Con todo honesto tratamiento digno
 Los dos Lusos, no viendo que, engañados,
 Tienen por santo el fingimiento indigno.
 Mas así que los rayos derramados
 Al universo van del sol benigno,
 Y por la puerta asoma del Oriente
 La moza de Titon la roja frente:

XIV.

Vuelven moros de tierra con recado
 Del Rey para que entrasen, y consigo
 Llevan los que el de Gama hubo mandado,
 De quien mostróse el Rey sincero amigo.
 Y habiéndose el caudillo asegurado
 De no tener recelo de enemigo
 Y que gente de Cristo en tierra había,
 Por la ofrecida barra entrar quería.

XV.

Los que mandó le dicen que allá vieron
 Arañ sagradas, sacerdote santo:
 Que allí se confortaron, y durmieron
 Cuando tendió la noche el negro manto,
 Y que en el Rey y gente no advirtieron
 Sino contentamiento y gusto tanto,
 Que no podia haber arte suspecta
 En conducta tan clara y tan perfecta.

XVI.

Con esto el noble Gama alegremente
 Recibia á los moros que subian;
 Que ánimo fiel se fia fácilmente
 De muestras que verdades parecian.
 La nao se henchia de perversa gente;
 Su circo de los barcos que traian:
 La turba alegre vá, pues se figura
 Que ya la ansiada presa está segura.

XVII.

En tierra cautamente aparejaban
 Municion y armas, porque así que viesen
 Que en el rio las naves ancoraban,
 Escalarlas impávidos pudiesen;
 Y de traicion tan útil esperaban
 Que á todos los Lusiadas destruyesen,
 Pagando incautos, en tan duro estrecho,
 El mal que en Mozambique tienen hecho.

XVIII.

Las áncoras tenaces van levando,
 Con la grita nautil acostumbrada:
 De la proa las velas solo dando,
 A enfilan van la barra, de bordada.
 Mas la bella Ericina, que guardando
 Iba siempre á su gente denodada,
 Viendo la gran celada, tan secreta,
 Del cielo al mar se lanza cual saeta.

XIX.

Llama á las bellas hijas de Neréo,
 Y á la demas cerúlea compañía;
 Que por nacer del piélago Eritréo
 Toda maraña grey la obedecia;
 Y la ocasion propuesta y su deseo,
 Con todas juntamente allá partia,
 Para impedir que el portugués llegase,
 Donde en lugar de gloria, tumba hallase.

XX.

Ya del agua aventando van de priesa
 Con las colas de plata blanca bruma:
 Con pechos de marfil Doto atraviesa,
 Con no usado vigor, la hirviente espuma:
 Salta Nise, Nerina se arrepesa
 Sobre la crespas mar con fuerza suma;
 Y abren senda las ondas encorvadas,
 De miedo á las Nereidas conjuradas.

XXI.

En hombros de un Triton, con rostro inceso
 Dione, aunque divina, vá furiosa:
 No siente el que la lleva el dulce peso,
 De soberbio con carga tan hermosa.
 Ya cerca llegan donde el aire opreso
 Hinche el lino á la gente belicosa:
 Y repártense y cercan al instante,
 Las ráudas naves que iban por delante.

XXII.

Vénus, con otras, corta á breve trecho,
 La proa capitana; allí cerrando
 El camino á la barra están derecho:
 En vano el aire entró la vela hinchando;
 Ponen contra el tajante el blando pecho,
 La tuerte nave para atrás forzando:
 Cercándola en redor, muchas la alzaban,
 Y de la adversa tierra la apartaban.

XXIII.

Como á su cueva próvidas hórmitas
 Llevando el grave peso bien cargado
 Las fuerzas ejercitan, enemigas
 De su grande enemigo invierno helado:
 Allí son sus trabajos y fatigas:
 Aquí muestran vigor nunca esperado;
 Así andaban las ninfas impidiendo
 Del bravo portugués el fin tremendo.

XXIV.

La nave para atrás se precipita,
 Magüer de los que lleva, que clamando
 Baján velas: la gente más se agita
 A un bordo y otro cables arrastrando:
 El mestre activo de la popa grita,
 Viendo como delante amenazando
 Le está un grande marítimo rochedo
 Que de romper la náon pone miedo.

XXV.

El vocerío airado se levanta
 Del marinero: en el confuso embate
 El bronco estruendo á la morisma espanta,
 Como si viesen hórrido combate:
 Ignoran la razon de furia tanta:
 No saben quién les valga ó desbarate:
 Piensan que sus engaños son sabidos
 Y que han de ser por eso allí oprimidos.

XXVI.

Ved cual muchos de pronto se lanzaban
 A los barcos veloces que traian,
 Y unos el agua en alto levantaban,
 Brincando al mar y á nado se fugian:
 De este á aquel bordo los demas saltaban,
 Movidos del temòr que en otros vian:
 Que antes que á sus contrarios entregarse,
 Quieren al hondo mar aventurarse.

XXVII.

Así cual junto al charco, al mor de luna
 Las ranas, otro tiempo Licia gente,
 Si sienten acercar persona alguna
 Estando en duro suelo incautamente,
 De aquí y de allí saltando á la laguna
 Por huir del peligro que se siente,
 Métense en la sabida madriguera,
 Las cabezas no más dejando fuera:

XXVIII.

Así los Moros huyen; y el piloto
 Que las naves al riesgo infiel llevára,
 Creyendo que su engaño ya era noto,
 Huye tambien, saltando al agua amara.
 En tanto, por no dar en el innoto
 Rochedo y por salvar la vida cara,
 La *Capitana* el ancla arroja al punto,
 Y las demas ancóran, de ella junto.

XXIX.

Viendó Gama el intento y la vileza
 Del Máuro, no cuidada, y juntamente
 Del huir del piloto la presteza,
 Conoce la intencion de la ímpia gente;
 Y al ver que, sin contraste y sin braveza
 De viento, y de los mares sin corriente,
 Pasar más adelante no podia,
 Por divino teniéndolo, decia:

XXX.

«¡Oh caso grande, extraño y no esperado!
 ¡Oh milagro clarísimo, flamante!
 ¡Oh descubierto engaño descuidado!
 ¡Oh perfidia enemiga amenazante!
 ¿Quién podría del daño aparejado
 Librar la vida, con saber bastante,
 Si de arriba la guarda soberana,
 No acudiera á la flaca fuerza humana?»

XXXI.

»Bien nos muestra la diva Providencia
 De estos puertos la paz engañadora:
 Bien nos hizo patente la evidencia,
 Que la hospital confianza era traidora:
 Mas ya que ni poder, ni humana ciencia,
 Fraude tan bien urdido vé, ni explora,
 ¡Oh tú, guarda celeste, tén cuidado
 Del que sin ti no puede ser guardado!

XXXII.

»Y si á tanto se inclinan tus piedades
 Por esta pobre gente peregrina;
 Puesto que, por tu amor y tus bondades,
 La salvas de la infiel gente felina,
 A algun asilo y puerto de verdades,
 Desde aquí conducirnos determina:
 Ó muéstranos la tierra que buscamos,
 Pues solo en tu servicio navegamos.»

XXXIII.

Estas palabras le escuchó piadosas
 La hermosa Citeréa, y conmovida
 Parte de entre las ninfas que llorosas
 Quedaron de la súbita partida:
 Ya sube á las estrellas luminosas:
 Ya en el cielo tercero es recibida:
 Pasa adelante, y en la sesta esfera
 Entra, dó más de cerca el padre impera.

XXXIV.

Y como iba animada del camino,
 Tan hermosa de aspecto se mostraba,
 Que á estrellas, cielo y luz, y aire vecino
 Y á cuanto la iba viendo enamoraba.
 De sus ojos, que el nido peregrino
 Del hijo son, ardores derramaba
 Con que el polo y sus hielos encendia,
 Y tornaba en volcan la esfera fria.

XXXV.

Por más enamorar al soberano
 Padre, á quien siempre fué tan dulce y cara,
 Se le presenta tal cual al Troyano
 Ya del Ida en el bosque se mostrara.
 Si la viese el garzon que el bulto humano
 Perdió, viendo á Diana en fuente clara,
 No le hirieran los propios canes feos,
 Mas antes le acabarían los deseos.

XXXVI.

Los crespos hilos de oro le flotaban,
 Por cuello que afrentar puede á la nieve:
 Sus duros pechos, al andar, temblaban,
 Que amor en ellos retozon se mueve:
 Llamas del seno muelle le brotaban,
 De dó las almas caza el niño aleve:
 Por las lisas columnas la subian
 Deseos que cual yedra se tejian.

XXXVII.

Un delgado cendal es ténue capa
 A aquellas partes del pudor reparo:
 Mas ni el todo descubre, ni lo tapa,
 De las purpúreas flores poco avaro:
 Para arrancar el alma que se escapa,
 Delante pone el dulce objeto raro:
 Se abrasa el cielo ya de Sur á Norte:
 Celos Vulcano siente, ardor Mavorte;

XXXVIII.

Y mostrando en su angélico semblante
 Una sonrisa de pesar teñida,
 Como dama que fué de incauto amante
 En amorosas riñas afigida,
 Que solloza y sonrie al mismo instante
 Y entre alegre se muestra y dolorida;
 Así la diosa, á quien ninguna iguala,
 Más mimosa que triste, el eco exhala.

XXXIX.

«Siempre (dice) creí, padre glorioso,
Que hácia las cosas que en verdad yo amase,
Te hallaria benigno y amoroso,
Por más que á algun contrario le pesase:
Pero, pues contra mí te miro iroso,
Sin merecerlo, sin que en nada errase,
Hágase como Baco ha decidido:
Yo asentaré que una inocente he sido.

XL.

»Y al pueblo, mio hoy, por quien derramo
Las lágrimas que en vano caer veo:
Al que precio bien poco, pues le amo
Siendo tú tanto en contra á mi deseo,
Por el que á tí, gimiendo pido y clamo
Y contra lo que ansío al fin peléo;
Pues por quererle yo voy á dañarle,
Quiérole querer mal para salvarle.

XLI.

»Y acabe á manos de las brutas gentes,
Que pues yo fui...» y en esto de mimosa
El rostro baña en lágrimas ardientes,
Cuajándose rocío en fresca rosa:
Y aquí un poco calló, cual si entre dientes
Se le cortára el habla congojosa;
Y volvía á seguir, cuando el Tonante,
De lo que vá á decir ya está delante.

XLII.

Y de las blandas muestras conmovido
Que amansáran de un tigre el pecho duro,
Con rostro cual de cielo en luz teñido,
Torna claro y sereno el aire oscuro.
Las lágrimas la enjuga, y encendido
Besa su faz; su cuello abraza puro,
Y es fijo que si allí solo se hallára,
Otro nuevo Cupido se engendrara.

XLIII.

Y á su rostro juntando el rostro amado,
Que el sollozo y las lágrimas aumenta
(Como niño del ama castigado
Que quien le halaga, el lloro le acrecienta)
Por ponerla en sosiego el pecho airado,
Muchos casos futuros la presenta;
Y del hado los fondos revolviendo,
De esta manera en fin le vá diciendo:

XLIV.

«Hija cara preciosa, ningun trance
Rendirá á tus valientes Lusitanos:
Ni habrá quien de mí nunca más alcance
Que esos llorosos ojos soberanos;
Y te ofrezco, hija mia, que aún avance
Su fama á la de Griegos y Romanos,
Por los hechos ilustres que esta gente
Ha de obrar en los climas del Oriente»

XLV.

»Que si el facundo Ulises escapara
De caer en la Ogigia eterno esclavo;
Y si Antenor los senos penetrára
Ilirios y en la fuente de Timavo;
Y si el piadoso Eneas navegara
De Scila y de Caribdis el mar bravo,
Tus Lusos, con designios más profundos,
Írán mostrando al mundo nuevos mundos.

XLVI.

»Altos muros, castillos, pueblos varios,
Hija, verás por ellos contruidos:
Los Turcos, ferocísimos contrarios,
Siempre por su valor serán vencidos:
A los Reyes del Indo, voluntarios,
Los verás al Rey suyo sometidos,
Y por ellos de todo en fin señores,
La tierra alcanzará leyes mejores.

XLVII.

Y verás al que ahora presuroso,
Con riesgo tanto, al Indo vá buscando,
Rendirsele Neptuno, de medroso,
Sus espaldas sin vientos encrespando.
¡Oh nunca visto caso y milagroso
Que hierve y trema el mar en calma estando!
¡Oh gente fuerte y de altos pensamientos!
¡Miedo tienen de tí los elementos!

XLVIII.

»Verás que el que agua darle no queria,
En puerto ha de tornarse conveniente,
En que descansen de su larga via
Las naves que naveguen de Occidente.
Toda esta costa, en fin, que há poco urdia
El engaño mortífero, obediente
Le pagará tributos, conociendo
Del Luso invicto el ímpetu tremendo.

XLIX.

»Y vereis el mar rojo, tan famoso,
Amarillo tornársele de hinchado:
Vereis de Ormuz el Reino poderoso.
Por dos veces rendido y subyugado:
Allí vereis al Moro temeroso
De sus saetas mismas traspasado;
Y verá, en fin, quien contra Lusos trate,
Que, si resiste, contra sí combate.

L.

»Vereis á Dío, inexpugnable corte,
Sufrir dos sitios, de los vuestros siendo:
Allí se mostrará su pró y su porte,
Hechos de armas grandísimos luciendo:
Envidioso vereis al gran Mavorte
Del Lusitano corazon tremendo:
La voz del Moro allí sonará estrema,
Que, á nombre del Koran, de Dios blasfema.

LI.

»Goa será á los Moros conquistada,
La cual vendrá despues á ser señora
Del Portugués Oriente, y sublimada
Con los triúnfos de gente vencedora:
Allí soberbia, altiva y ensalzada,
Al Gentil, que los ídolos adora,
Pondrá freno, y pondrálo á cuanta tierra
Levante imbécil á los vuestros guerra.

LII.

»Vereis la fortaleza sustentarse
De Cananor, con poca fuerza y gente;
Y á Calecut vereis desbaratarse,
Populosa ciudad, grande y potente:
Y vereis en Coquim significarse
Tanto un pecho de escelso y de valiente,
Que cítara jamás cantó victoria
Que merezca tan alta fama y gloria.

LIII.

»No de Marte al clamor se vió furioso
Hervir Léucada en armas cuando Octavio,
Del Accio en la civil pugna, animoso,
Al capitan Romano cerró el labio
Que del mar de la Aurora y del sañoso
Scítico Bactra y desde el Nilo sabio
La victoria traía y rica presa,
Preso él tambien de impúdica princesa:

LIV.

»Como vereis el mar, hirviendo á caso
Al incendio del Luso qué brillando,
Al Moro y al Gentil llevará opreso,
De naciones sin número triunfando:
Sujetando el dorado Quersoneso
Y hasta el lejano China navegando,
Siéndole todo el piélagos obediente
Con las islas remotas del Oriente.

LV.

»De manera, hija mía, que, á despecho
De Baco, cumplirá su alto destino;
Pues nunca brillará tan fuerte pecho
Del Gangético mar al Eritrino,
Ni de las Bóreas aguas al estrecho
Que el agraviado Luso á mostrar vino,
Aunque del mundo entero, de afrentados,
Todos resucitáran los pasados.»

LVI.

Esto diciendo, envia al mensajero
Hijo de Maya á tierra, á que prevenga
Un pacífico y fácil surgidero
Dó la armada, sin riesgo, puerto tenga;
Y para que en Mombaza aventurero
El fuerte Capitan no se detenga,
La tierra dó el alivio halle el Luseño,
Manda que se le muestre allá en su sueño.